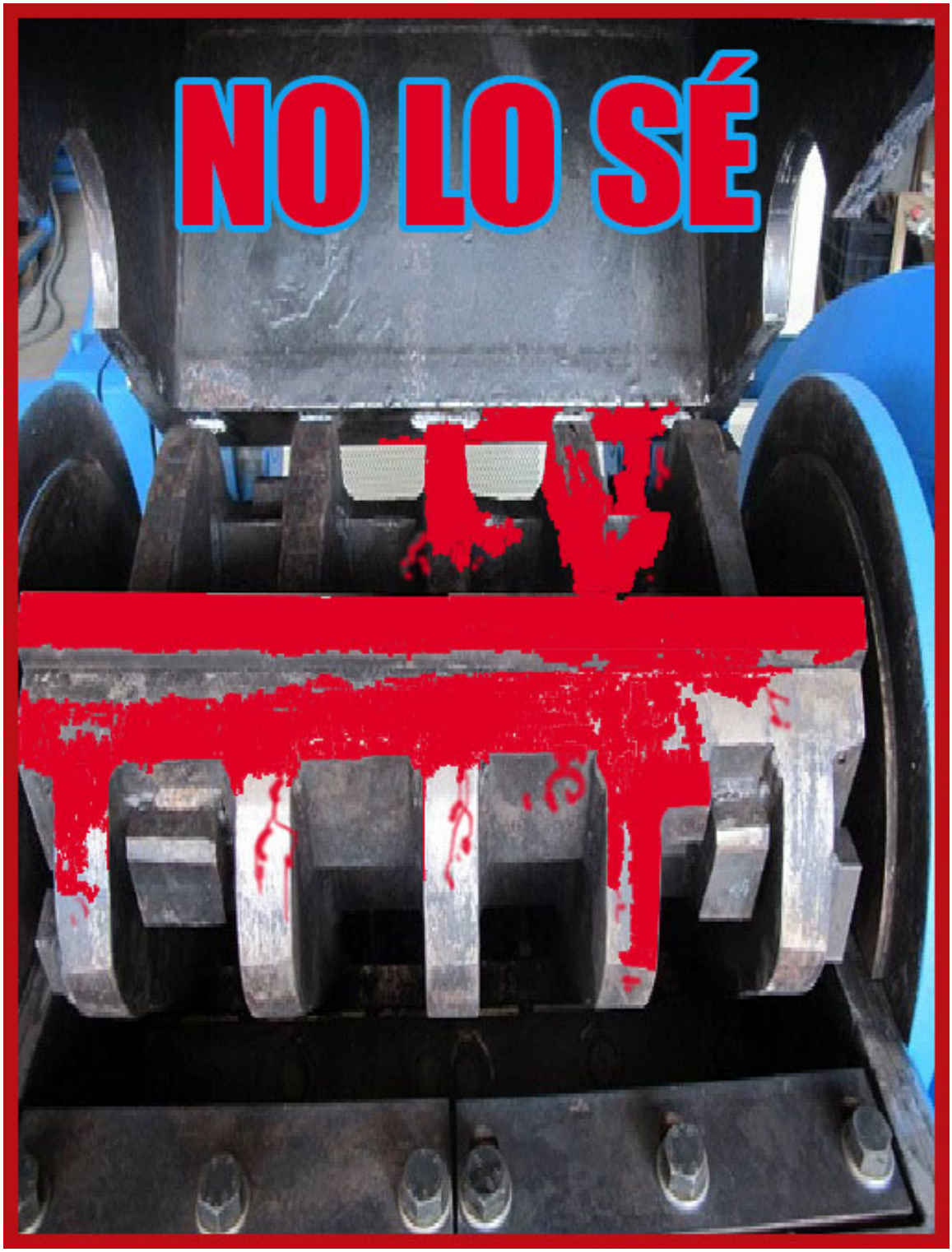
No lo sé

David S. M.



Capítulo 1

Aarón se levantó, como casi todos los días en los últimos cinco años, con un insistente dolor de cabeza y una pesadez en el alma que parecía hacerle caminar siempre hundido en un barro espeso. Con todo, no olvidó besar a su esposa en la frente, cuidándose de no despertarla, y le susurró:

-Te quiero, cariño.

Ella murmuró algo sin darse cuenta, se volvió hacia el otro lado de la cama y se acurrucó un poco más. Aarón se dirigió a la habitación de su pequeña Irene, de casi cuatro años, que dormía profundamente con la boca abierta, los brazos alzados uno a cada lado del rostro, y destapada casi hasta los pies. Era un terremoto, la pequeña. Con suavidad, la arropó hasta el cuello y le besó la frente como acababa de hacer con su madre. La niña no se despertó, y Aarón se alegró de ello.

Tal vez, si la pequeña se despertaba y le miraba a los ojos, no tuviera valor para hacer lo que tenía que hacer.

Bajó hasta la planta principal, pero no entró en la cocina a desayunar, como hacía todos los días. En lugar de eso, descendió directamente hasta el sótano, en el que estaba el garaje. Encendió la luz, y se quedó en el umbral durante unos instantes, en silencio, mirando la estancia. A su izquierda descansaba una estantería con material de carpintería, más allá, en un equilibrio cada vez más precario, otra repleta de cajas de ropa vieja o de una talla que ya había quedado pequeña para su hija, y de juguetes a los que la niña ya no daba uso, pero no deseaban tirar. Enfrente, una mesa de trabajo alargada formada por dos caballetes y una plancha de madera maciza con remaches, y al lado otra más pequeñita con un ordenador de sobremesa viejo pero aún útil. Y, en el centro de la habitación, blanco y reluciente, recién lavado y abrillantado la tarde anterior, el Mitsubishi Outback. Con un suspiro, Aarón se ajustó el cinturón, descendió los dos pequeños peldaños hasta el suelo del garaje, y abrió manualmente la puerta deslizante que daba al camino. No quería que el ruido del motor de apertura automática despertara a su familia. Entró en el coche, arrancó y salió lo más despacio que pudo para no hacer ruido. Bajó a cerrar la puerta del garaje y miró su casa. Le invadió un ansia enorme de volver a subir y acurrucarse en la cama con su mujer. Montó en el coche de nuevo para dejar de pensar en ello y enfiló hacia el

sur, hacia la fábrica. Sin embargo, a medio camino, se desvió lo justo para entrar por el estrecho camino empedrado mal señalizado, que conducía al cementerio del pueblo. Dejó el Outback en el aparcamiento desierto y anduvo por entre las tumbas hasta encontrar la que buscaba.

-Hola, Ricardo, viejo amigo. Hoy es el día. Espero que sepas perdonarme por haber tardado tanto tiempo. Pensaba en mi familia…

Rezó durante unos minutos en silencio ante la tumba y abandonó el lugar sin mirar atrás. Las lágrimas le arrasaban las mejillas, y tuvo que permanecer un buen rato parado dentro del coche sin arrancar, porque no podía conducir por el temblor que sacudía sus manos. Al final, tras mirar el reloj se puso en marcha, esta vez sí hacia la fábrica. No quería llegar tarde precisamente ese día.

Dos minutos antes de que sonara la bocina que anunciaba el comienzo del turno, Aarón entró en la fábrica. Se ajustó de nuevo el cinturón, y contempló el lugar en el que había ocurrido todo.

Ricardo y él habían llegado a ser los hombres de confianza del jefe, Simeón, trabajando duro desde que habían sido contratados, ambos apenas con unos días de diferencia. Ricardo se encargaba de las tareas de maquinaria, y Aarón de la parte financiera. Aquel día, el jefe le había pedido a Ricardo que se quedara para terminar un montaje que necesitaba unos últimos retoques. Aarón estaba recién casado, y su mujer estaba embarazada. No tenía coche, por lo que Ricardo le acercaba hasta casa todos los días después del trabajo. De modo que Aarón avisó a su mujer de que se retrasaría aquella tarde, y también se quedó en la fábrica cuando todos habían salido al terminar el turno. Adelantó algo de trabajo, esperando que su amigo fuese a buscarlo, pero al final decidió bajar porque Ricardo no aparecía. Al llegar a la sala de montaje, se quedó parado en la puerta, a punto de gritar.

Simeón, aquel mismo hombre que les hablaba todos los días como sus hombres de confianza, sostenía en la mano derecha una gran llave inglesa manchada de sangre. En el suelo, a sus pies, el cuerpo inerte de Ricardo descansaba en un escorzo antinatural, muerto. Simeón envolvió la llave en un paño y la dejó en el suelo. Acto seguido cogió el cuerpo de Ricardo en brazos y lo echó a la máquina prensadora que el hombre acababa de montar. La accionó, y cuando la cabeza herida de Ricardo topó con las planchas de acero, produjo un horroroso ruido de succión seguido de un crujido que pudo más que los nervios de Aarón. Gritó, y Simeón le descubrió. Al principio, sus ojos reflejaron un ansia demoníaca pero, tras avanzar unos pasos hacia donde se encontraba, se tranquilizaron. La voz con que habló a Aarón después, al llegar a su altura, poseía tanta frialdad

que el miedo que le produjo fue mayor que ningún ataque.

-Te lo voy a poner fácil. No has visto nada, y yo no diré que vi como arrojabas a tu amigo a la prensadora. Seguirás teniendo un sueldo que llevar a casa, y no verás nacer a tu hija por videoconferencia desde la cárcel.

El asco que sentía Aarón tan sólo le permitió preguntar en un ronco gemido:

-¿Por qué?

-¡Oh! –Respondió su superior, con un gesto displicente de la misma mano en la que enarbolaba la llave inglesa-. Digamos que dentro de poco habrá una preciosa viuda a quien consolar y yo, que ya llevo un tiempo sembrando el terreno, estaré en primera posición con los brazos abiertos. Decide. Ahora.

Decidió matarle, pero cuando acudió la policía, media hora después, y le preguntaron a Aarón si sabía lo que había sucedido, tan sólo pudo responder:

-No lo sé.

Y se echó a llorar. Como había llorado todos los días desde aquel, durante un año, en la tumba de su amigo. Todas las mañanas, lloviera o nevara, hiciera frío o un sol abrasador.

Hasta el día anterior. El día anterior, sucedieron dos cosas. En primer lugar, una transacción especialmente afortunada había producido a la compañía un beneficio de varios millones de euros. Y en segundo lugar, Simeón le confirmó que al día siguiente su turno acabaría antes, porque el jefe había invitado a toda su familia, incluyendo a su flamante nueva esposa, a cenar a las lujosas dependencias que había mandado construir en una parcela cercana a la fábrica. El muy cerdo no quería que estuviera cerca de nadie de su familia. Aún recelaba de él. Y con razón.

El día anterior, Aarón pasó todo su turno desviando todo el dinero que se atrevió a una cuenta en Suiza, que había conseguido hacer pasar por diversos paraísos fiscales para hacer ilocalizable, a nombre de su mujer y su hija. Escribió una extensa carta que colocó en un sobre, el cual dejó en un apartado de correos, con las debidas instrucciones a su abogado para que, en su momento, le fuese entregado a su mujer. Ya en su casa, comprobó que todo estaba a punto en el garaje, pese a que llevaba casi un año comprobando todos los días que su compra estaba en orden. Y lo

estaba.

Aarón pasó aquel último día de trabajo mentalizándose, rezando para no flaquear. Y, cuando llegó el momento, pensó en la tumba de su amigo y no dudó. Se acercó a la casa por la parte de atrás y se coló usando la puerta de servicio de la cocina, sin preocuparse de que las cámaras de seguridad le grabaran. Aquello sería un aliciente más en la investigación de la policía. Entró en las dependencias de su odiado jefe con decisión. Oía el murmullo de la fiesta de aquella familia a pesar de los gruesos muros que los separaban. Cada vez más cerca. Cada vez más alto.

Entró en el gran salón, abriendo las puertas de golpe, haciéndolas restallar al chocar con la pared a su espalda. Su último atisbo de duda se disipó cuando vio como los ojos de Simeón se dilataban de miedo y reconocimiento, aunque los demás invitados sólo lo miraban con curiosidad y altivez. Todos, salvo la reciente esposa, que frunció el ceño y pareció abrir la boca para decir algo.

Aarón se abrió la camisa y cogió el detonador. Siempre que repasaba aquella idea en su mente intentaba adivinar en qué iba a pensar antes de apretar el botón. Con seguridad en su mujer y en su pequeña. Sorprendentemente, su mente se vació y un segundo después, ya no pudo pensar en nada.